

Esta obra es el resultado de un trabajo colectivo que permitió la conformación de una red internacional de investigación sobre la Primera Guerra Mundial en América Latina y que se articuló en torno a tres encuentros científicos: el *workshop* “Hacia una historia de la Primera Guerra Mundial en América Latina” realizado en París del 3 al 5 de abril de 2012; un simposio organizado en Viena el 19 de julio de 2012 en el marco del *54th International Congress of Americanists*, titulado “Las sociedades latinoamericanas ante la Primera Guerra Mundial”; y el coloquio internacional “América Latina y la Primera Guerra Mundial: una historia conectada”, realizado en la Ciudad de México en junio de 2014.

Apunta a restituir un determinado número de trabajos recientes sobre la Gran Guerra en América Latina y a sugerir nuevas pistas de investigación a partir de una pregunta central: ¿es posible trazar los contornos de lo que habría sido una experiencia latinoamericana de la Gran Guerra?

Al asumir una doble perspectiva comparatista (entre países latinoamericanos) y conectada (entre América Latina y el mundo), el presente libro ofrece la oportunidad de determinar nuevas variables dentro del proceso de recepción de la Gran Guerra y de establecer una verdadera cartografía del conflicto entre el Río Bravo y la Tierra de Fuego.



La Gran Guerra en América Latina. Una Historia conectada



LA GRAN GUERRA EN AMÉRICA LATINA UNA HISTORIA CONECTADA



Olivier Compagnon • Camille Foulard
Guillemette Martin • María Inés Tato
(Coordinadores)

Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos
Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine
Centre de Recherche et de Documentation des Amériques

Capítulo publicado en:

Olivier Compagnon, Camille Foulard, Guillemette Martin y María Inés Tato (ed.), *La Gran Guerra en América Latina. Una historia conectada*, México, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos/ CEMCA, Institut des Hautes Etudes de l'Amérique Latine, Centre de Recherche et de Documentation des Amériques, 2018, pp. 319-334.

José Enrique Rodó y la interpretación “arielista” de la Gran Guerra

Susana Monreal

El tema central de este artículo es la visión que el escritor uruguayo José Enrique Rodó desarrolló sobre la Primera Guerra Mundial, así como su percepción personal de las naciones participantes en el conflicto, en función de su afirmación de los valores latinos, que caracterizó su pensamiento sobre todo a partir de la publicación del *Ariel*, en 1900.

Vamos a presentar el contexto histórico de la última década del siglo XIX, período que inspiró la creación de *Ariel*, ensayo en el que Rodó definió sus roles de formador de la juventud y promotor de la cultura latina. Abordaremos luego su visión de la Gran Guerra a través de los artículos periodísticos que escribió sobre el tema para concluir con su toma de posición en clave “arielista”.

El contexto histórico: la última década del siglo XIX

En la década de 1890 se originaron, en el continente americano, tendencias culturales, de implicancias políticas, que marcarían profundamente los tiempos a venir. Por un lado, se produjo la emergencia de los Estados Unidos como Estado continental, candidato a ser potencia mundial (Methol, 2000; Brotherston, 2001). Este país se manifestó propenso a fomentar el panamericanismo, tendencia que halló buena acogida, en un principio, en las repúblicas latinoamericanas, admiradoras de los Estados del Norte desde su independencia, y que causó cierta alarma en varias naciones europeas.

Por otra parte, la celebración del cuarto centenario del descubrimiento de América, en octubre de 1892, motivó el retorno afectivo de los latinoamericanos-iberoamericanos a sus orígenes, de los que habían renegado durante más de medio siglo, y la reconciliación de intelectuales españoles e iberoamericanos.

En función de lo expuesto, la guerra hispano-norteamericana de 1898 y la derrota española en Cuba tuvieron duros efectos, tanto en la península como en Hispanoamérica. La derrota española implicó la ocupación norteamericana de dos de las antiguas colonias: Cuba, en forma temporal, y Puerto Rico, de manera permanente. En España, a la crisis colonial siguió una profunda crisis cultural. En América Latina se vivió una tormenta sentimental:

“el amor-odio por los Estados Unidos se volvió llanamente odio, ahora que los españoles habían sido definitivamente reemplazados por los Estados Unidos como potencia militar amenazadora. Al mismo tiempo, un sentido de latinidad se volvió más admisible para las emociones de los habitantes de las antiguas posesiones españolas en América, ahora que podían mirar a su antiguo opresor en derrota [España] con indulgencia, sentimientos de fraternidad, e incluso de amor” (Brotherston, 2001: 6).

La derrota española comportó además el desarrollo de sentimientos de falta de confianza, incluso de inferioridad, tanto en España como en América Latina. La tendencia de algunos intelectuales latinoamericanos a la autodesvalorización, por razones raciales, psicológicas y culturales, se evidenció en los escritos del mexicano Francisco Bulnes, del venezolano César Zumeta y del argentino Carlos Octavio Bunge, aparecidos antes o después del *Ariel*¹.

En consecuencia, entre 1892 y 1898, América Latina atravesó un período de positiva reafirmación de su identidad ibérica, primero, y de crisis cultural auto conmisericordiosa, más tarde.

La publicación del *Ariel* de Rodó, en 1900, fue ciertamente oportuna: la obra alertaba ante la “nordomanía”, apelaba a las raíces latinas y se transformó en “el símbolo mismo del latinoamericanismo, definido por primera vez” (Zum Felde, 1954: 294). Se trataba sin embargo de una definición, para algunos, débil y quizás confusa, del latinoamericanismo; sin una firme fundamentación, de inspiración más emotiva que racional.

Ariel es un breve ensayo, en el que el maestro Próspero da la última clase a sus jóvenes alumnos, junto a una escultura en bronce del Ariel de *La Tempestad*. Ariel, “genio del aire”, representaba “la parte noble y alada del espíritu. [...] el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; [...] el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la

¹ El mexicano Francisco Bulnes (1847-1924) publicó, en 1899, la obra *El porvenir de las naciones latinoamericanas*, en la que planteaba conceptos de inferioridad raciales de los pueblos hispanoamericanos. También en 1899, el venezolano César Zumeta dio a conocer *El continente enfermo*, de marcado tono pesimista. Finalmente, el argentino Carlos Octavio Bunge (1875-1918) publicó, en 1903, *Nuestra América*, obra en la que caracterizaba el genio de la raza hispanoamericana por la pereza, la tristeza y la arrogancia.

inteligencia” (Rodó, 1900: 6). La presencia de Ariel inspiraba las palabras de Próspero sobre la vocación de cada persona por ser plenamente humana, sobre la importancia de lo bello como camino hacia lo bueno, sobre los riesgos deshumanizantes del utilitarismo. El texto conducía hacia la neta diferenciación entre los Estados Unidos - marcados por “la concepción utilitaria, como idea del destino humano, y la igualdad en lo mediocre, como norma de la proporción social” - e Iberoamérica - llamada a “cuidar y mantener celosamente la originalidad de su carácter personal, lo que haya en ella que la diferencie y determine” (Rodó, 1900: 83 y 88). El escritor uruguayo afirmaba:

“[...] tenemos - los americanos latinos - una herencia de raza, una gran tradición étnica que mantener, un vínculo sagrado que nos une a inmortales páginas de la historia, confiando a nuestro honor su continuación en lo futuro”. (Rodó, 1900: 88).

Rodó tomaba distancia del racismo antropológico y alentaba el concepto histórico de la raza. Si bien el mensaje era, en algunos aspectos, impreciso, el autor apuntaba “al espíritu del cristianismo” y a “la herencia de las civilizaciones clásicas”, como los “dos impulsos históricos que - en armonía - han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida” (Rodó, 1900: 84).

En este contexto, publicado dos años después de la guerra de Cuba, el *Ariel* tuvo enorme resonancia entre los intelectuales hispanoamericanos y adquirió la fuerza de una proclama y de un símbolo. Sobre todas las cosas la obra constituyó la afirmación de las raíces culturales latinas del continente.

Rodó formador de la juventud y promotor de la cultura latina

Rodó nació en Montevideo, el 15 de julio de 1871, en una próspera familia de comerciantes, en el Uruguay en proceso de modernización y “disciplinamiento”². Desarrolló una temprana vocación por las letras y más precisamente por el periodismo. En el 98, la indignación por la intervención de los Estados Unidos en Cuba motivó el proyecto de escribir *Ariel*, publicado en febrero de 1900.

La vida de Rodó cambió positivamente a partir de entonces: por el éxito de este ensayo y por las relaciones que entabló con intelectuales de España e Hispanoamérica, por la estabilidad

² En 1990 José Pedro Barrán publicó los dos tomos de la *Historia de la sensibilidad en el Uruguay*. Tituló el primer tomo, que estudia el período entre 1780 y 1860, *La cultura “bárbara”*. El segundo tomo se titula *El disciplinamiento* (1860-1920) y se refiere al período de modernización económica y social en el Cono Sur.

económica que alcanzó, por sus logros en la vida académica y en la actividad política, como parlamentario del partido Colorado. A pesar de la inestabilidad de su ánimo y de repetidas depresiones, siguieron años reconfortantes para Rodó por la neta influencia “arielista” en el movimiento estudiantil uruguayo y latinoamericano, y por la progresiva expansión del “arielismo” en el continente.

Al estallar la Primera Guerra Mundial, hecho que impactaría de manera especial en las ciudades-puertos del Río de la Plata, Rodó era colaborador de *El Diario del Plata*. Poco después publicó un artículo sobre la guerra en *La Razón* y pronto se convirtió en colaborador de *El Telégrafo Mercantil*. El escritor asumiría una definida posición de defensa de la causa de la “Europa latina”, aun cuando la mayoría de los países miembros de la Triple Entente no integraban esta área cultural.

A lo largo de su carrera de periodista y de escritor, y también en 1914, dos constantes se destacaron en la prédica de José Enrique Rodó. Por un lado, sobresale en su obra el carácter de maestro de la juventud. Por otra parte, Rodó asumió, de manera constante, el rol de portavoz de la cultura latina y americana latina.

Rodó manifestó una firme vocación de formador de la juventud. Si bien practicó la docencia directa desde 1898, como catedrático de Literatura, también es vidente el magisterio que ejerció sin proponérselo. Rodó enseñó a través de sus escritos. En la primera década del siglo XX, en una conferencia que pronunció en el Ateneo de la Juventud de México, Pedro Henríquez Ureña calificó a Rodó como “el primero, quizá, que entre nosotros influye con solo la palabra escrita”. En efecto, el escritor -especialmente a través de su *Ariel*- influyó en los jóvenes mucho antes que en los maduros intelectuales” (Benedetti, 1966: 93). A inicios del siglo XX, la trascendencia de la obra de Rodó se explica porque planteó un programa a la juventud latinoamericana, uno de cuyos focos se ubicaba en el desarrollo de un estilo propio para el rumbo de Iberoamérica, sin imitar modelos ajenos.

A partir de la publicación del *Ariel*, Rodó se reveló también como distinguido vocero y defensor de la cultura latina y americana latina. En 1906 escribía:

“La América Latina será grande, fuerte y gloriosa si, a pesar del cosmopolitismo que es condición necesaria de su crecimiento, logra mantener la continuidad de su historia y la

originalidad fundamental de la raza, y si, por encima de las fronteras convencionales que la dividen en naciones, levanta su unidad superior de excelsa y máxima patria [...]”³

La preocupación por la unidad cultural de Iberoamérica, así como el estudio de las manifestaciones de dicha cultura, en particular en el campo de la literatura, fueron constantes de la vida intelectual de Rodó. Desde 1895, en los primeros artículos publicados en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales*, manifestó su americanismo de raíz hispánico-latina. Al iniciarse el siglo XX, claramente a partir de *Ariel*, el concepto ganó amplitud y el escritor uruguayo comenzó a apelar al principio de la “raza”, en clave cultural. Rodó rescató entonces la tradición greco-latina como fundamento esencial de la comunión latinoamericana y como herencia a defender. En su opinión, el error supremo de los pueblos iberoamericanos - y de sus líderes - no había consistido en la “desviación relativa a las tradiciones de raza”, ni cuando “la desconfianza hacia lo castizo y heredado de España se extendió a la grande unidad étnica e histórica de los pueblos *latinos*, cuya capacidad se juzgó herida de irremediable decadencia”. El desacierto mayor no radicaba en idealizar la cultura del norte, sino:

“[...] en la vanidad de pensar que estas imitaciones absolutas de pueblo a pueblo, de raza a raza, son cosa que cabe en lo natural y posible; que la estructura de espíritu de cada una de esas colectividades humanas no supone ciertos lineamientos y caracteres esenciales, a los que han de ajustarse las formas orgánicas de su cultura y de su vida política, de modo que lo que es eficaz y oportuno en una parte no lo es acaso en otras”.⁴

Otro elemento más debe destacarse. Desde la publicación de *Ariel*, Rodó recibió muchos elogios por su recuperación de los valores latinos; sin embargo, algunos cuestionaron su defensa de la cultura latina, por considerarla en definitiva una apología de la cultura francesa. Esta visión se desprende, de manera clara, de la correspondencia entre Rodó y Miguel de Unamuno, quien cuestionó la excesiva admiración de Rodó por la cultura gala. Al envío del *Ariel*, Unamuno respondió pronto amablemente, pero, en 1901, cuando hizo pública su opinión sobre la obra, sentenció: “Es una honda traducción al castellano -no sólo al lenguaje, sino al espíritu- de lo que el alma francesa tiene de ateniense y de más elevado; es el aticismo sentido en francés por un hispanoamericano”.⁵

³ J. E. Rodó, “Sobre América Latina”, *Caras y Caretas*, Buenos Aires, 25 de agosto de 1906.

⁴ J. E. Rodó, “Rumbos nuevos. Con motivo de la publicación de “*Idola Fori*”, de Carlos Arturo Torres” (1910) *El mirador de Próspero*, en Rodó, 1967: 517.

⁵ *La Lectura*, año 1, nº 1, Madrid, enero de 1901, cit. en Rodó, 1967: 1382.

Su visión de la Gran Guerra

Entre agosto de 1914 y diciembre de 1915, Rodó publicó trece artículos sobre la guerra, doce en Montevideo y uno en Buenos Aires. El periodista expuso las reflexiones y sentimientos que la guerra europea despertaba; elaboró su interpretación personal de la Gran Guerra y depositó en las naciones participantes en el conflicto parte de sus ideales y parte de sus preconcepciones.

La guerra entre Austria y Serbia había comenzado a fines de julio de 1914; a principios de agosto Rodó publicó su primer artículo. El atentado de fines de junio en Sarajevo había impactado al Imperio Austro-húngaro, en proceso de desmoronamiento. Alemania declaró su apoyo incondicional a los austriacos, a pesar de la amenaza de una guerra con Rusia. Desde el 27 de julio, el conflicto estuvo presente a diario en los periódicos uruguayos. Los titulares, no siempre en la primera página, eran perturbadores: “Pavorosas consecuencias para la paz europea”, “Una guerra que sería un verdadero suicidio”, “La pesadilla trágica que agita a la vieja Europa”, “Un momento de ansiedad enorme”.⁶ Finalmente, el domingo 2 de agosto, la guerra -“Es un hecho consumado la guerra”⁷- motivó ediciones y tirajes extraordinarios.

Como consecuencia de las alianzas militares, y como era esperable, siguieron las declaraciones de guerra en cadena. El 9 de agosto Rodó escribió el artículo titulado “Ansiedad universal”, el único publicado en el *Diario del Plata* de Montevideo. Por lo menos para Rodó, los valores en juego no parecían definidos aún y se limitaba a lamentar la contienda y a esperar alguna enseñanza de “la cruel experiencia ahora renovada”. “El espectáculo -agregaba- es abrumador para el sentimiento de orgullo y de indomable fe que el hombre contemporáneo cifra en el indefinido progreso de la especie”.⁸

La definición era evidente un mes más tarde, cuando Rodó publicó su segundo artículo, el 3 de setiembre. La información disponible ya era copiosa, aunque provenía solo de las agencias de noticias de los aliados. Por entonces, los diarios publicaban una media de cincuenta cables provenientes principalmente de París, Londres, Roma y Nueva York. Las noticias que llegaban al Río de la Plata resultaban más que alarmantes. La invasión alemana de la Bélgica neutral y las sucesivas derrotas francesas en Alsacia y Lorena habían provocado el fracaso de los planes

⁶ *La Razón*, Montevideo, 27, 28, 29, y 31 de julio de 1914.

⁷ *La Razón*, 2 de agosto de 1914.

⁸ J. E. Rodó, “Ansiedad universal”, *Diario del Plata*, Montevideo, 9 de agosto de 1914.

bélicos de Francia, miles de muertos y el repliegue de las fuerzas aliadas hasta el Marne. Los titulares del 2 de septiembre se centraban en la delicada situación de las fronteras francesas: “Una gran batalla se está librando en Verdún. Los alemanes siguen arrojando bombas sobre París. Los franceses siguen manteniéndose favorablemente en la línea de Lorena. SEIS MILLONES DE HOMBRES COMBATIENDO”.⁹

Precisamente ese día, Rodó publicó su segundo artículo en *La Razón*, el tradicional diario liberal. En el encabezamiento se leía: “El ilustre escritor define la actitud que corresponde a los americanos” y el título era terminante “La causa de Francia es la causa de la Humanidad”:

“La conciencia latino-americana tendría que ser inconsecuente con sus fundamentales tradiciones de origen y de educación, y tendría que perder el instinto de sus más altos intereses, para no sentir magnificada, en estas horas inciertas, la solidaridad que la vincula a la gran nación de su raza y de su espíritu que tiene para nosotros el triple prestigio de su latinidad dirigente, del magisterio intelectual que ha ejercido sobre nuestra cultura, y de la tradición de libertad encarnada en su gran Revolución, madre de la nuestra, y en el triunfante arraigo de sus tradiciones democráticas”.

El análisis de Rodó era agudo; su conclusión terminante:

“En suma: raza, mentalidad, instituciones, espontaneidad del afecto, noción de nuestro interés colectivo: todo, todo, nos vincula estrechamente a una de las partes de esa discordia gigantesca. Mirada del punto de vista americano, como de cualquier punto que diste algunas horas de la “Wilhelmstrasse” de Berlín, la causa de Francia y sus aliadas es, en el más alto y amplio sentido, la causa de la humanidad”.¹⁰

Desde el 8 de setiembre de 1914, Rodó se convirtió en colaborador de *El Telégrafo Mercantil*, decano de la prensa uruguaya y ajeno por definición a las contiendas políticas. Del escritor se esperaba “el estudio de los mil aspectos de la vida diaria, pero absteniéndose, no obstante, del comentario político”.¹¹ A lo largo de setiembre y octubre, Rodó publicó una serie de ocho artículos, titulada “La guerra a la ligera”. Los primeros cuatro textos fueron la obra del

⁹ *La Razón*, 2 de setiembre de 1914. Las mayúsculas están en el titular original.

¹⁰ J. E. Rodó, “La causa de Francia es la causa de la Humanidad”, *La Razón*, 3 de setiembre de 1914. Dos días más tarde, este artículo provocó la respuesta de “Algunos alemanes”: “El señor Rodó plantea la cuestión como si la guerra actual representara la lucha entre Alemania imperialista y Francia portadora de Libertades. Más lógico nos parece, dados los orígenes de la conflagración europea, hablar de un combate entre el Germanismo y el Eslavismo. Si Francia se ve mezclada en la contienda es porque, obsesionada por la idea fija de la revancha, se ha entregado incondicionalmente a la barbarie moscovita. [...] Al señor Rodó le agrada más que la Alemania de hoy, la Alemania menos fuerte de los tiempos de Goethe y Schiller. Esta es precisamente la opinión de los enemigos actuales de Alemania. Ellos hubieran preferido que los alemanes se contenten con hacer versos y componer música, en vez de asumir el lugar que les corresponde en la política internacional cuyo dominio exclusivo Inglaterra, Francia y Rusia creían reservado para ellas”. “Un grupo de alemanes consideran de su deber contestar al ilustre escritor. Y lo hace para aclarar lo que en su concepto parece confuso”, *La Razón*, 5 de setiembre de 1914.

¹¹ “José Enrique Rodó colaborador de “El Telégrafo”, *El Telégrafo*, Montevideo, 8 de setiembre de 1914.

“espectador”, que comentaba, tomando cierta distancia, los avatares de una “guerra colosal”.¹² Sin embargo, en los siguientes cuatro artículos, se percibe un compromiso creciente y un involucramiento mayor del escritor. A medida que los franceses, con el apoyo británico, se afirmaban en la batalla del Marne y los alemanes, por primera vez, detuvieron su avance, los títulos de los artículos de Rodó ganaron expresividad, firmando el escritor los últimos tres textos con el pseudónimo “Ariel”.¹³

A mediados de setiembre, en “Libertad y guerra”, Rodó no vacilaba en retomar la defensa admirativa de la república francesa. Ante la prueba, la fuerza de Francia radicaba en su amor por la libertad:

“Una espontaneidad patriótica sin deserciones, ni vacilaciones; una augusta serenidad, cruzada de ardientes entusiasmos: un gobierno indiscutido y firme, dondequiera que sitúe su autoridad, un ejército admirable de organización, empuje y de constancia; un pueblo en que todo se acalla [...] frente al supremo deber de la defensa nacional. De esta manera ha contestado Francia, la Francia de los milagros del 92, a los que dudaban de ella y a los que dudaban de la capacidad del liberalismo republicano como fuerza de acción capaz de contrarrestar el impulso del imperialismo militar”.¹⁴

Desde octubre de 1914, se detecta en los escritos de Rodó un planteo, progresivamente presente en la prensa que apoyaba a la Triple Entente, proclive a realizar y a transmitir una lectura maniquea de la guerra (Compagnon, 2007). El 16 de octubre, en el último de los artículos publicados en *El Telégrafo*, el escritor era particularmente duro con las acciones y las intenciones de Alemania. Bajo el título “Anarquistas y césares”, Rodó se refiere a la violencia provocada por los atentados anarquistas, que solía indignarlo, y concluía que todas esas acciones no eran comparables a “las iniquidades y los horrores” provocados por el “César encendedor de guerras”.¹⁵

El 20 de octubre, las instituciones más antiguas y representativas de la comunidad alemana solicitaron la publicación de una nota en la prensa, en la que señalaban: “Una parte de la prensa del Uruguay está arrastrando por el lodo en artículos violentos con calificativos

¹² J. E. Rodó, “Introito de una pequeña sección”, *El Telégrafo*, 8 de setiembre de 1914; “La grandeza de las batallas”, 9 de setiembre de 1914; “La emperatriz”, 11 de setiembre de 1914; “La voz de la estadística”, 14 de setiembre de 1914.

¹³ J. E. Rodó, “Libertad y guerra”, *El Telégrafo*, 16 de setiembre de 1914; [Ariel], “Los excesos de la guerra”, 18 de setiembre de 1914; “La historia de Juan de Flandes”, 29 de setiembre de 1914; “Anarquistas y césares”, 16 de octubre de 1914.

¹⁴ J. E. Rodó, “Libertad y guerra”, *El Telégrafo*, 16 de setiembre de 1914.

¹⁵ [Ariel], “Anarquistas y césares”, *El Telégrafo*, 16 de octubre de 1914.

denigrantes, todo lo que es caro y todo lo que es sagrado para nuestra colectividad: nuestra patria, nuestras instituciones, nuestros hombres dirigentes”. Esa actitud podía ser comprensible cuando provenía de los enemigos, pero nunca de la prensa “de esta tierra neutral, de esta tierra donde han nacido nuestros hijos, que a su vez son uruguayos. [...] De este país, en fin que para muchos de nosotros es una segunda patria, a la cual estamos estrechamente vinculados por los lazos indisolubles de la sangre y del cariño”.¹⁶

Posiblemente la actitud de creciente compromiso, indispensable para Rodó, lo haya alejado de *El Telégrafo*. Rodó estuvo ausente de la prensa durante un mes. Sus circunstancias personales -decepciones políticas y personales, estado depresivo y desaliento profundo- podrían explicar su silencio. El 19 de noviembre de 1914, el ensayista regresó a la prensa y más precisamente a *La Razón*. Escribió entonces, con tono esperanzado, quizás algo ingenuo, su artículo “Después”: “Tal vez se aproximan en el mundo tiempos de transformaciones pasmosas y violentas. Tal vez hemos de asistir al alumbramiento monstruoso en que, entre torrentes de lágrimas y sangre, broten, de las desgarradas entrañas de esta civilización doliente, nuevo orden y nueva vida”.¹⁷ Este fue su último artículo sobre la guerra.

El texto “Bélgica”, publicado a fines de noviembre, no fue un artículo de prensa, sino un discurso escrito por Rodó para la velada organizada a beneficio de las víctimas francesas, belgas e inglesas de la guerra europea. Desde mediados de setiembre los cables informaban acerca de la destrucción de las ciudades belgas –Lovaina, Dendermonde, Lieja, Amberes- destacando la resistencia “heroica” de la población”. Rodó homenajeaba, en sus palabras, “la resistencia sobrehumana” y “la magnitud del sacrificio” de los belgas: “Bélgica la mártir, Bélgica la heroica, Bélgica la inmaculada perdurará en la mente de los hombres como el símbolo supremo del sacrificio varonil y del ánimo contendor de la fuerza”.¹⁸

Dos artículos de 1915, muy diferentes entre sí, cierran los escritos periodísticos de Rodó sobre la Gran Guerra. A mediados de ese año, en *El Plata*, fue publicado el manifiesto suscrito

¹⁶ Firmaban la nota la Congregación Evangélica Alemana, la Sociedad de Beneficencia de Damas Alemanas, el Club Alemán, la Sociedad Escolar Alemana, la Sociedad Alemana, la Liga Naval Alemana, la Sociedad Alemana de Gimnasia, Pla Sociedad de Socorros Mutuos Alemana, la Sociedad Coral Alemana. “De la colectividad alemana en el Uruguay. Notas que se nos envía”, *La Razón*, 20 de octubre de 1914.

¹⁷ J. E. Rodó, “Después”, *La Razón*, 19 de noviembre de 1914.

¹⁸ J. E. Rodó, “Bélgica”, *La Razón*, 28 de noviembre de 1914.

por el Comité de homenaje al 14 de julio. El texto, redactado por Rodó, asumía, una vez más, la apología de Francia, cuya energía se erigía en símbolo de “libertad republicana”:

“Va a cumplirse el primer aniversario del 14 de julio desde el comienzo de la guerra que ensangrienta el suelo de Europa y que ha visto incorporarse a Francia, radiante de serena y magnífica energía; más fuerte aún que la imaginaban los que nunca abandonaron la fe en la eficacia de su genio; mostrando la capacidad guerrera de la libertad republicana, como cuando inspiraba para bautismo de su tricolor, los épicos milagros de la primera República. Como entonces también, Francia combate ahora en pro de ideas y derechos que son patrimonio de la humanidad”.¹⁹

Cinco meses más tarde, en diciembre de 1915, en el semanario porteño *La Nota*, Rodó publicó sus últimas reflexiones sobre la guerra. Escribió el artículo “La literatura posterior a la guerra”, como crítico literario y como cultor de la estética: “La guerra traerá la renovación del ideal literario, pero no para expresarse a sí misma, por lo menos en son de gloria y de soberbia”:

“La traerá porque nada de tal manera extraordinario, gigantesco y terrible, puede pasar en vano para la imaginación y la sensibilidad de los hombres; pero lo verdaderamente fecundo en la sugestión de tanta grandeza, [...] no estará en el resplandor de las victorias ni en el ondear de las banderas, ni en la aureola de los héroes, sino más bien en la pavorosa herencia de culpa, de devastación y de miseria: en la austera majestad del dolor humano, levantándose por encima de las ficciones de la gloria y proponiendo, con doble imperio, el pensamiento angustiado, los enigmas de nuestro destino, en los que toda poesía tiene su raíz”.²⁰

A comienzos de 1916, José Enrique Rodó fue designado corresponsal en Europa de la revista argentina *Caras y caretas*. El 14 de julio se embarcó rumbo a Lisboa, donde inició el periplo que se truncaría trágicamente, por el agravamiento de una nefritis. El 1º de mayo de 1917 Rodó murió en Sicilia, en la ciudad de Palermo.

Toma de posición en clave “arielista”

El “arielismo”, que se definía en el 900, como custodia vigilante de la identidad latina ante la amenaza cultural de la América anglosajona, devino, en 1914, en apología de la Europa latina, arrasada por la amenaza germana.

Sin embargo, en un análisis más profundo, se detectan tres aspectos a considerar en la mirada “arielista” de Rodó en relación con la Gran Guerra: el llamado al compromiso; la

¹⁹ [J. E. Rodó], “La Conmemoración del 14 de julio”, *El Plata*, Montevideo, 12 de julio de 1915.

²⁰ J. E. Rodó, “La literatura posterior a la guerra”, *La Nota*, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1915.

interpretación de la guerra en clave espiritual y estética; y la ardiente reivindicación del espíritu latino.

Al escribir *Ariel*, Rodó llamaba a la juventud de América a comprometerse con su propia identidad. En efecto, la invitación nietzscheana “debes llegar a ser el que eres” resumiría el mensaje central del ensayo. Ante la guerra, la defensa de la identidad latina implicaba la toma de posición. Los latinoamericanos no podían limitarse a “fijar en ella [la guerra] un interés puramente teatral o puramente utilitario”. Se preguntaba Rodó: “¿Podemos ser imparciales en esa única contienda?” y respondía sin vacilar:

“Si imparcialidad significa la neutralidad oficial de los Estados y el tributo de consideración y de respeto que constituye la más clara obligación de la hospitalidad, claro está que podemos y debemos ser imparciales. Pero si imparcialidad significa indiferencia, yo afirmo que no podemos ni debemos serlo. [...] Tratándose de una lucha entre naciones primaces (sic), cuyos resultados han de abarcar forzosamente la redondez del planeta, yo, por mi parte, no quiero ni puedo ser imparcial”.²¹

Rodó fundamentaba la necesaria toma de posición en el acuerdo de su razón y sus sentimientos. Señalaba: “Sentimiento y razón me llevan, con toda la fuerza de mi alma, allí adonde reconozco mis afectos de raza, mi concepción de los destinos humanos y la filiación de mis ideas”. Reaparece aquí el principio de la “raza”, en clave cultural, concepto fundamental del *Ariel*. Seguramente Rodó escribió este artículo, de comienzos de setiembre, en un complejo estado espiritual, acongojado por lo que él vivía como el ultraje de los valores que representaban las naciones invadidas o atacadas por Alemania.

También se relaciona directamente con el “arielismo” la interpretación de la guerra en clave ética, incluso estética. En *Ariel*, la vocación humana exigía el desarrollo de la vida interior -que el autor asimilaba al “ocio noble”- y un camino privilegiado de ese desarrollo incluía el cultivo y el gozo del “sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, [...] que más fácilmente marchita la aridez de la vida”. Agregaba: “el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno” (Rodó, 1900: 41).

La contemplación del desastre de la guerra condujo a Rodó a otorgar a tanto dolor un sentido casi pascual: “Tal vez hemos de asistir al alumbramiento monstruoso en que, entre torrentes de lágrimas y sangre, broten, de las desgarradas entrañas de esta civilización doliente,

²¹ J. E. Rodó, “La causa de Francia es la causa de la Humanidad”, *La Razón*, 3 de setiembre de 1914.

nuevo orden y nueva vida”.²² Desde 1914, las reflexiones de Rodó anunciaban una búsqueda de sentido, que se evidenciaría más tarde en la mayoría de los intelectuales latinoamericanos. Ante la crudeza y lo absurdo del conflicto, aparecía la intuición del fin de una época (Compagnon, 2007). En su último artículo sobre la guerra, de fines de 1915, Rodó incluso relacionaba el fin de la guerra con la renovación del ideal literario, porque, en su opinión, era inevitable que la conmoción social y política, la convulsión de las leyes de la sociedad internacional repercutieran en la vida espiritual.

Finalmente, el “arielismo” se manifestó como reivindicación de la latinidad y como comunión con la causa de los aliados, con Francia a la cabeza. Desde setiembre del 14, en su segundo artículo sobre la guerra, Rodó definió a cada una de las naciones participantes en la conflagración. La “libre Inglaterra” y “Bélgica, maravilla de trabajo y de cultura” despertaron la solidaridad de Rodó; “la Alemania liberal de principios del siglo XIX”, su nostalgia. Por encima de las demás, Francia representaba, “el símbolo del más pujante ensayo de civilización humanitaria, liberal y generosa”.²³

Por sus tradiciones “de origen y de educación”, la América Latina debía ser solidaria con Francia, la “gran nación de su raza y de su espíritu”. Latinidad dirigente, magisterio intelectual y tradición de libertad son los tres valores que Rodó destacaba y que retomaría en otros textos. En definitiva, Francia, y quienes compartían su causa, despertaban su adhesión y su lealtad incommovibles, porque Francia -sobre todo la Francia amenazada- “representa [...], en este conflicto de naciones, [...] la virtualidad del genio latino, la afirmación que hacemos de su integridad y su poder”.

Si se trata de precisar en qué consistía la “virtualidad del genio latino”, debemos referirnos una vez más al culto por la tradición greco-latina, de la que, en opinión de Rodó, Francia era la encarnación. En junio de 1909, Montevideo había recibido la visita de Anatole France. La Asociación de Estudiantes y la Comisión Directiva del Ateneo de Montevideo le ofrecieron un banquete en los salones del Club Uruguay. Rodó fue elegido para pronunciar el discurso en su honor. “Maestro -dijo entonces- representáis entre nosotros la patria universal del pensamiento y el arte, pero representáis también una patria más concreta y definida: representáis el espíritu de Francia”:

²² J. E. Rodó, “Después”, *La Razón*, 19 de noviembre de 1914.

²³ J. E. Rodó, “La causa de Francia es la causa de la Humanidad”, *La Razón*, 3 de setiembre de 1914.

“Cuando se habla de Francia, no podemos hablar como extranjeros. En el raudal de sus ideas hemos abrevado, de preferencia, nuestro espíritu; con los ejemplos de su historia hemos retemplado constantemente nuestra admiración del heroísmo y nuestra pasión de la libertad. Nos hemos habituado [...] a representar en su nombre cuánto hay de más noble en la criatura humana: la claridad de la razón, el sentimiento del derecho, la belleza del arte, la generosidad del sacrificio. Vemos en ella la suprema florecencia de esta alma latina que vela, en los siglos, sobre el mundo, para mantener, sobre los desbordes de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado”.²⁴

El culto por Francia, por su historia, por su cultura tenía raíces hondas en Iberoamérica y era evidente en la formación y en todos los escritos de Rodó, y de otros intelectuales de su generación (Compagnon, 2007).

Reflexiones finales

En 1900, con la publicación de *Ariel*, Rodó se erigió en el gran vocero de los valores y de la originalidad de la cultura latina en Iberoamérica. En un clima de crisis de confianza en la propia identidad, esta obra fue claramente una proclama de esperanza y una afirmación de las raíces culturales del continente. Real de Azúa calificó de “situación ariélica” (Real de Azúa, 2001: 11-28) esta crisis hispanoamericana de fines del siglo XIX. Una nueva “situación ariélica” parecía plantearse al estallar la Gran Guerra. Ante ella Rodó asumió nuevamente la defensa de los valores latinos y destacó a Francia como la encarnación histórica de los mismos.

Si bien puede resultar vaga la definición del espíritu latino, que Rodó exaltaba, el escritor uruguayo depositó en el “arielismo”, como sed de ideal, la esencia de lo latino. Hay, sin embargo, variaciones entre el “arielismo” del 900 -centrado en la defensa de la identidad de la América que fue española frente a la progresista y pujante América anglosajona-, y el arielismo del '14 -que es un alegato visceral en defensa de la Europa latina arrasada por la amenaza germana. El Calibán del 900 era el intimidante avance de la cultura utilitaria de los Estados Unidos; el nuevo Calibán es el avance de la fuerza y de los egoísmos colectivos. En este contexto, Francia es presentada como la encarnación de “la virtualidad del genio latino”, y la causa de Francia -y de sus aliados- era, para Rodó, “la causa de la Humanidad”.

Esta nueva mirada “arielista” a partir de la Gran Guerra implicó, por otra parte, el análisis de la resonancia de la guerra en las repúblicas latinoamericanas. Ante la nueva “situación

²⁴ “Discurso del Sr. José Enrique Rodó en ocasión del banquete ofrecido a Anatole France, en los salones del Club Uruguay, por iniciativa de la Comisión Directiva de la Asociación de Estudiantes y de la Comisión Directiva del Ateneo de Montevideo” (1909), *Evolución*, año 4, tomo 4, n° 30, Montevideo, pp. 95 y 96.

ariélica”, los sentimientos de simpatía y de solidaridad estrecharon los lazos entre América Latina y los aliados del Occidente europeo. Las matrices culturales de la latinidad se manifestaron de manera diversa -en “el sentimiento de comunidad de raza, el de la participación en el culto de las instituciones liberales, el del influjo liberal persistentemente recibido, el de la intimidad determinada por la afluencia inmigratoria, el del interés internacional opuesto a imperialismo absorbente”²⁵ - e integraron a europeos y americanos latinos en un mismo ámbito cultural y afectivo.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Prensa

Caras y Caretas, Buenos Aires, 1906.
Diario del Plata, Montevideo, 1914.
La Razón, Montevideo, 1914.
El Telégrafo Mercantil, Montevideo, 1914.
El Plata, Montevideo, 1915
La Nota, Buenos Aires, 1915.

Fuentes editas

Rodó, José Enrique. *Ariel*. Montevideo: Dornaleche y Reyes, 1900.

Rodó, J. E. *Obras Completas, editadas con Introducción, Prólogos y Notas de Emir Rodríguez Monegal*. Madrid, Aguilar, 2ª edición, 1967. Se cita como *OC*.

Bibliografía

Ainsa, Fernando (2001). “Ariel: una lectura para el siglo XXI”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 613-614, pp. 103-109.

Benedetti, Mario (1966). *Genio y figura de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.

²⁵ J. E. Rodó, “La voz de la raza”, *El que vendrá*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1920, en Rodó, 1967: 1240.

Brotherston, Gordon (2000). “Introducción a “Ariel” de J. E. Rodó” en “100 años de Ariel”, *Insomnia. Separata cultural de Postdata*, Montevideo, nº 135.

Castro Morales, Belén (2010). “El mundo de José Enrique Rodó (1871-1917)”, *José Enrique Rodó. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Tenerife. Disponible en: http://bib.cervantesvirtual.com/bib_autor/rodo/pcuartonivel.jsp?conten=autor

Compagnon, Olivier (2007). “«Si loin, si proche... » La Première Guerre mondiale dans la presse argentine et brésilienne” en Lamarre, Jean y Magali Deleuze (dir.), *L'envers de la médaille. Guerres, témoignages et représentations*. Ste-Foy: Presses de l'Université Laval, pp. 77-91.

Compagnon, Olivier y Armelle Enders (2012). “L'Amérique Latine et la première guerre mondiale”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Bibliografías, Puesto en línea el 09 febrero 2005. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/567>

García Morales, Alfonso (1992). *Literatura y pensamiento hispánico de fin de siglo: Clarín y Rodó*. Sevilla: Universidad de Sevilla.

Hale, Charles A (2000). “Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870-1930”, en Bethell, Leslie (ed.) *Historia de América Latina. 8. América Latina: Cultura y Sociedad, 1830-1930*. Barcelona: Crítica, pp. 1-64.

Methol Ferré, Alberto (2001), “De Rodó al Mercosur”, *Arielismo y latinoamericanismo. Prisma*, nº 17, pp. 17-32.

Petit Muñoz, Eugenio (1974). *Infancia y juventud de José Enrique Rodó*. Montevideo: Universidad de la República.

Real de Azúa, Carlos (1976). “Prólogo” en Rodó, José Enrique. *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. IX-XXXI.

Real de Azúa, Carlos (2001). *Medio siglo de Ariel. Su significación y trascendencia literario-filosófica*. Montevideo: Academia Nacional de Letras.

Zum Felde, Alberto (1954). *Índice crítico de la literatura hispanoamericana: los ensayistas*. México: Editorial Guaranía.